

La historia de la *Free School* de Albany

Chris Mercogliano

Una mañana, el hijo más pequeño de Mary Leue se negó a ir a la escuela. Mark ya no podía aguantar más las condiciones carcelarias de su clase de 5.º de la escuela pública, por lo que le preguntó a su madre si, en vez de ir a la escuela, podía ella darle clase en casa. Mary, que estaba al tanto del malestar de Mark y no había conseguido nada positivo en sus intentos anteriores de mejorar la situación, asintió sin la menor duda.

Dos semanas después, tres amigos de Mark le preguntaron si también ellos podían asistir a su clase particular y, así, en la primavera de 1969, nació de pronto una pequeña escuela. Con la ayuda de un “santo” del Departamento de Educación del Estado de Nueva York, Mary pudo legalizar la escuela con relativa facilidad. Mientras tanto, ella y sus cuatro alumnos celebraron una reunión democrática para decidir el nombre de la escuela: *The Free School* (“La Escuela Libre”). Al final del curso escolar, se reunieron de nuevo y decidieron, también por unanimidad, continuar su experimento durante otro año.

Por entonces, Mary se ausentó durante una semana de la escuela para visitar otras escuelas alternativas de la región. Cuando regresó a Albany, convenció a un periodista del diario local para que escribiera un artículo sobre la escuela y después, como otro medio para atraer a más alumnos, organizó una serie de reuniones públicas en las que exhibió películas sobre innovaciones educativas. Consiguió así que se matricularan otros 10 alumnos para el curso que comenzaría el siguiente mes de septiembre, y que se incorporara Bruce, un maestro joven e insatisfecho, dispuesto a sacrificar su sueldo de la escuela pública para ayudar a Mary a expandir la joven escuela.

El aumento de matrículas obligó a buscar un edificio durante el verano. Tras dos meses de búsqueda inútil, Mary y la madre de un nuevo alumno encontraron, por fin una iglesia del centro de la ciudad que se había trasladado a unas dependencias más grandes y estaba dispuesta a alquilar su antiguo edificio por sólo 100 dólares mensuales.

Ésta fue la buena noticia. La mala era que el edificio había estado abandonado durante algún tiempo y necesitaba una reforma importante; pero Mary, Bruce y los padres de los nuevos alumnos aceptaron el reto con entusiasmo. Durante dos semanas, se dedicaron, durante casi 24 horas diarias, a raspar, pintar y limpiar, consiguiendo dejar milagrosamente listo el edificio a tiempo para abrir sus puertas a los alumnos en septiembre.

Lo que vino a continuación fue un curso desenfrenado y tumultuoso. Mientras los padres se peleaban entre ellos por la filosofía educativa, los alumnos, racial y socioeconómicamente diversos, estaban muy ocupados tratando de resolver sus propios problemas. Al mismo tiempo, varios departamentos de la ciudad (construcción, incendios y educación) rivalizaban

en sus intentos para acabar con esta institución original, radical y con pinta de almacén.

Mary, Bruce y los niños hicieron una manifestación ante la escuela para protestar por lo que consideraban acoso oficial. Después, Mary se reunió con el alcalde de Albany, que atendió sus peticiones de ayuda y permitió que la escuela siguiera abierta, con la condición de que continuaran realizando mejoras en el edificio.

Muy pronto, se tomaron dos iniciativas importantes. En primer lugar, Mary decidió que sólo pudieran determinar las actividades cotidianas de la escuela quienes estuvieran efectivamente presentes en ella, con igualdad de voto de maestros y alumnos. Se agradecían los consejos y sugerencias de otras personas, pero ahí acababan sus posibilidades.

A continuación, con el fin de capacitar a los chicos para dieran su apoyo a la idea de “libertad, no libertinaje”, el famoso lema de *Summerhill*, de A. S. Neill, y darles también una forma no violenta de resolver sus diferencias, Mary y Bruce instituyeron el sistema de la “reunión del consejo”. Así, quien quiera resolver un conflicto o influir en una norma de la escuela, puede solicitar la reunión en cualquier momento. Las reuniones siguen un procedimiento parlamentario. Primero, se propone a tres personas, de entre las que se elige a un presidente (normalmente, un alumno), que es responsable de mantener el orden y moderar el diálogo. Cualquiera de las personas presentes puede proponer una moción en cualquier momento. Esto permite que tanto maestros como alumnos hagan nuevas reglas o cambien las antiguas, siempre que obtengan suficiente respaldo para su postura.

El sistema de la reunión del consejo se convirtió rápidamente en el corazón y el alma de la joven escuela. Más que cualquier otra cosa, constituye el medio para que la escuela opere como una auténtica comunidad, en la que todos tengan una voz igual y en la que la responsabilidad y la interdependencia mutuas sean realidades cotidianas. Las reuniones del consejo son foros en los que se respeta la opinión de todo el mundo y en los que todos pueden expresar lo que sienten y decir su verdad sin temor alguno. Asimismo, los alumnos de todas las edades adquieren experiencia al moderar las reuniones, de manera que las reuniones del consejo constituyen una forma excelente de formación para el liderazgo.

El curso siguiente llevó consigo una expansión continua y la necesidad de una sede aún más grande. Una nueva búsqueda reveló la existencia del edificio de una antigua escuela parroquial, en una zona diferente del mismo barrio. Gracias a una pequeña herencia de su madre, Mary pudo comprarlo en el acto.

El nuevo edificio era perfecto. La primera planta ya estaba dividida en aulas y la segunda era un espacio diáfano, cuadrado, de 12 m, ideal para el tipo de preescolar de varias edades que Mary quería crear. Había una cocina institucional, totalmente equipada, que permitía que la escuela sirviera dos

comidas diarias, calientes y nutritivas. Además, como el edificio había estado en uso continuado durante más de 100 años, estaba bien conservado y preparado para aceptar el duro trato que iba a recibir. Para colmo, tenía gran cantidad de espacio para acomodarse al incremento de matrícula que seguiría poco después.

En el día de hoy, la escuela tiene 60 alumnos de edades comprendidas entre 2 y 14 años, siete maestros con dedicación completa, cuatro estudiantes de magisterio en prácticas con dedicación completa y sin sueldo y un grupo de voluntarios con dedicación parcial, y se ha convertido en un modelo internacional de educación democrática, no coercitiva, que incluye a niños de todas las razas y clases sociales, así como a niños con problemas de aprendizaje, de conducta y de desarrollo.

Siguen vigentes los principios básicos de la escuela, de libertad, democracia, cooperación y autenticidad. Al mismo tiempo, nuestros métodos evolucionan y seguimos adaptándonos a las necesidades y estilos de aprendizaje de los individuos, en cambio permanente, que configuran día a día la escuela.

En otras palabras, el enfoque de la escuela nunca se ha dado por acabado. Por encima de todo, tratamos de vivir de acuerdo con el lema de Neill de que “la escuela debe adaptarse al alumno y no al revés”. Con este fin, mantenemos una estructura abierta y flexible. A algunos alumnos les gusta aprender en ambientes de grupo, por lo que tienen la oportunidad de participar en tantas clases organizadas como deseen. Otros prefieren trabajar con un maestro, individualmente, bien porque tengan dificultades y necesiten una atención extra, bien porque, simplemente, quieran entablar una relación más personal con ese adulto (aquí, me gustaría manifestar la idea crítica de que las relaciones entre los participantes constituyen la auténtica estructura de la escuela). Hay, incluso, otros estudiantes que prefieren aprender en ausencia de adultos, bien individualmente o con sus compañeros. Esto ocurre muy a menudo con niños que nos llegan después de haber pasado una mala época en un ambiente escolar convencional. Estos chicos tienen la necesidad imperiosa de aprender a su aire, sin el menor indicio de las formalidades y los premios y castigos anteriores, que convirtieron la educación en una tarea terrible que había que evitar a toda costa.

Durante la pasada década, no han ido llegando cada vez más niños con el diagnóstico del “trastorno de hiperactividad por déficit de atención” y a los que se administran los correspondientes fármacos biopsiquiátricos. Prescindimos tanto del nombre impuesto como de los fármacos, por carecer aquí de finalidad alguna. Para nosotros, el “déficit de atención” significa que, hasta ahora, nadie ha prestado atención a las necesidades reales del niño. Consideramos que ésta es la causa de la mayoría de los problemas de aprendizaje y de conducta, y no una especie de misterioso desequilibrio químico del cerebro, de origen genético, que es lo que nos habría hecho creer el reciente maridaje entre educación, psicología y farmacología.

La experiencia nos enseña que, cuando un niño quiere aprender de verdad, pero tiene dificultades para centrarse o recordar, o actúa con frecuencia de forma disfuncional y antisocial, el problema está casi siempre en el corazón, no en la cabeza. Descubrimos que los niños crónicamente irritados, ansiosos o deprimidos, que tienen una mala imagen de sí mismos o a quienes les distraen las condiciones adversas de su vida son los que tienen dificultades para pensar con claridad y llevarse bien con los demás. Por su parte, los niños felices aprenden y crean vínculos sociales con una facilidad natural.

Otra característica de nuestra escuela, además de la gran diversidad de los alumnos, es el hecho de que no tratamos de forma diferente a los que se esfuerzan y a los que no lo hacen. No hay clases ni programas especiales. En cambio, toda la comunidad tiene la obligación de ayudar a los recién llegados con problemas a incorporarse a la marcha normal. Por supuesto, ésta no es una tarea menor, porque, cuando dejas libres de repente a unos niños afligidos, que sólo han conocido unos ambientes caracterizados por la desconfianza, y la dirección y el control derivados de ella, es natural que comiencen poniendo a prueba todos los límites que se les presenten.

Utilizando el sistema de las reuniones del consejo como red de seguridad o, si lo prefieren, como freno de emergencia, la comunidad suele ser capaz de poner fin a las intimidaciones, la destructividad, los robos, los escándalos excesivos y otras formas inaceptables de conducta antes de que se vayan de la mano. Es entonces cuando podemos apreciar la lógica de dejar que los alumnos se encarguen de sí mismos y de capacitarlos para que resuelvan sus problemas. Así, con frecuencia, encontramos a niños que corrigen y sancionan a otro y muy a menudo con más éxito que cuando un adulto trata de intervenir.

Esto no quiere decir que, en una escuela como la nuestra, el papel del maestro no tenga una importancia crítica. Actuar en ausencia de un conjunto de reglas, normas y procedimientos prefijados requiere moverse con mucha soltura entre las funciones de instructor, amigo, orientador, mentor y padre. Ser un maestro eficaz supone estar emocionalmente alerta y dispuesto a actuar con rapidez. Como cada situación es única, la capacidad de improvisar es fundamental.

Hay que enfatizar también el efecto profundo que tiene, en sí y de por sí, el hecho de decir a unos alumnos que, desde ahora, tienen la responsabilidad de su conducta y de su educación, cuando están acostumbrados a que los vigilen y a tener que graduar y medir todos sus actos. Cambia el carácter del juego y permite que unos niños, hasta entonces inmaduros y rebeldes, empiecen de cero. Por supuesto, el proceso de cambio está lleno de curvas y retrocesos. Requiere tiempo y también paciencia por ambas partes.

A menudo, la gente pregunta cómo es una jornada típica en la escuela y la respuesta es siempre la misma: en realidad, no existe tal cosa. Comenzamos la jornada juntos, a las 8:15, con el desayuno en la gran sala de arriba. Después, los alumnos de 1.º a 8.º, con sus maestros bajan para celebrar una

breve reunión para organizar el día. Éste es el momento de programar clases, excursiones y otras actividades, todas ellas opcionales. La iniciativa se la reparten más o menos por igual los alumnos y los maestros, y el plan que decide el grupo deja siempre mucho espacio para las nuevas ideas que puedan surgir sobre la marcha. Queremos espontaneidad, no rutina.

Normalmente, los “chicos de abajo”, como solemos llamarlos, se dividen por edades y madurez en cuatro grupos de clase, cada uno de los cuales tiene a su maestra o maestro de plantilla, que tiene la responsabilidad principal de su grupo de alumnos. Los estudiantes no tienen la obligación de quedarse con sus maestros, sino, únicamente, de pedirles permiso para utilizar equipos o artículos especiales o para salir del edificio.

El resultado final es una libertad para todos siempre cambiante, con una enorme mezcla de edades y con unos niños y maestros que se agrupan según sus necesidades e intereses. De vez en cuando, los grupos de clase se reúnen con el fin de realizar un trabajo conjunto, como escribir e interpretar una obra de teatro, filmar una película o participar en una excursión larga.

A los alumnos de nuestra escuela les gusta viajar. Este año, por ejemplo, los alumnos de 7.º y 8.º están muy ocupados preparando un viaje de dos semanas por el sur de los Estados Unidos y la mitad de ese tiempo la van a dedicar a ayudar a un grupo de mojes budistas de la orden japonesa Nipponzan Myohoji a construir un templo en el estado de Tennessee. La idea del viaje es exclusivamente de los alumnos, que son los responsables de planear el itinerario y tomar todas las medidas necesarias. Para cubrir los costes de comida y combustible, tienen que conseguir también unos 3.000 dólares, que están recolectando mediante diversas iniciativas, como una comida benéfica, una rifa cuyos premios solicitan a empresas de la zona y una serie de veladas de cine en la escuela. El grupo de los más pequeños ya ha realizado una excursión de un día a Nueva York y, pronto, los de 5.º y 6.º irán a pasar cuatro días en la zona de Boston (Massachusetts), donde visitarán un acuario y otros lugares de interés.

La mayoría de las mañanas, puede verse a los más pequeños en la planta baja, con Missy, durante una o dos horas, trabajando sobre sus destrezas de lectura y escritura. Missy no necesita obligar a los niños a que vayan a su clase. Asisten porque quieren saber leer y escribir y porque ella hace que se lo pasen muy bien. Missy es una artista y, en el proceso, integra gran cantidad de dibujos y pinturas. Sus alumnos escriben e ilustran sus propios relatos y poesías, en vez de utilizar materiales de enseñanza prefabricados.

En la planta baja, hay también un taller de carpintería y un estudio de arte, en los que pueden trabajar por su cuenta los alumnos mayores y, en compañía de un maestro o estudiante en prácticas, los más pequeños. Creemos que la creatividad está en el centro de todo aprendizaje auténtico y, en consecuencia, en ambas aulas hay una gran actividad.

En el sótano de uno de los edificios auxiliares de la escuela, hay un centro de imagen. Aquí, los alumnos pueden hacer películas digitales e imágenes fotográficas, así como revelar películas convencionales en un cuarto oscuro. Las actividades de filmación y fotografía son muy populares.

Mientras tanto, arriba, en preescolar, los más pequeños pasan la mayor parte del día haciendo lo que todos los niños pequeños saben hacer: jugar. Tienen los mismos tipos de juguetes, juegos y materiales que se encuentran en todas las guarderías, pero lo que le rápidamente le llamará la atención de los niños que gozan de libertad para estructurar su propia actividad es que emplean mucho tiempo inventando sus propios juguetes y juegos. Lo único que hace falta es su imaginación y los demás niños y, con frecuencia, la intervención de los adultos, que no están allí para controlarlos, sino para quererlos y cuidar de su seguridad, es mínima.

Incluso nuestros niños de dos años están muy ocupados practicando lo que Wilhelm Reich, uno de los mentores más importantes de A. S. Neill, llamaba “autorregulación”. En cada momento, escogen cómo quieren *ellos* crear su realidad y, siempre que es posible, cómo quieren *ellos* resolver los problemas que, inevitablemente, surgen.

Al mismo tiempo, en el día preescolar, hay un conjunto de hechos que se repiten con regularidad. La mayoría de las mañanas, después del desayuno, uno de los niños toca tres veces el gran gong del altar, la señal para que todos se reúnan en un círculo para la “reunión matutina”, en la que hacemos circular una concha especial. Quien tenga en cada momento la concha tiene derecho a recibir la máxima atención del grupo. Es un momento para compartir noticias, mostrar cosas nuevas, hacer planes y cantar canciones. Después de la reunión, los niños interesados por desarrollar sus destrezas de lectura, escritura y aritmética van con Mike al aula del jardín de infancia, en la que están trabajando durante una hora o más, si se mantiene el interés de los niños. También, antes de comer —todas las personas de la escuela comen juntas—, suele haber un tiempo de relatos de media hora. Después de comer, los pequeños que necesiten descansar, se echan una siesta en el aula del jardín de infancia con la puerta cerrada.

Hay, además, diversos ritos de la escuela que se han convertido en elementos de su propia cultura. Organizamos grandes celebraciones en todas las fiestas importantes y, al final de cada mes, una fiesta para todas las personas cuyo cumpleaños haya caído en ese período. Cuando se produce una enfermedad grave o alguna pérdida significativa en la comunidad escolar, nos sentamos todos en círculo en la sala grande, encendemos una vela grande, unimos las manos y cantamos un canto de oración aconfesional titulado “Queridos”. Durante la última semana del curso, vamos todos al parque central de Albany para pasar un día al aire libre y el último día del curso celebramos una ceremonia de graduación de los alumnos de 8.º, seguida de una exhibición de habilidades de los niños.

Otra característica de nuestra escuela es su “permeabilidad”. Me refiero a que las paredes del edificio son una separación muy porosa entre la escuela y el mundo exterior y que, en cualquier momento, pueden producirse importantes intercambios entre ambos. Por ejemplo, utilizamos constantemente la ciudad que nos rodea como una “clase” ampliada. También hacemos frecuentes excursiones al terreno semisilvestre de 100 Ha de la escuela, situado a unos 40 km de Albany.

Mientras tanto, los padres, los visitantes y otros adultos interesados son bienvenidos a la escuela en todo momento. Algunos vienen a enseñar y hacer proyectos especiales con los niños; otros ayudan a cocinar y limpiar, y otros, simplemente, a tomar el té y a charlar. Todos los días, podemos recibir hasta una docena de invitados a una de las deliciosas comidas de Cathryn.

Los sábados por la mañana, Cathryn y Ally, nuestra cocinera de los desayunos y, como Cathryn, madre de un alumno, transforman el salón de arriba en un café íntimo, en el que docenas de maestros, padres, alumnos y vecinos se reúnen a degustar unos deliciosos pastelitos, tomar un buen café, comentar noticias y hablar sobre los acontecimientos locales y mundiales.

Todo esto pone de manifiesto que la escuela no es sólo un sitio para la instrucción de los niños y que nuestra misión última consiste en ser un núcleo que reúna a personas de todas las edades para prestarse apoyo mutuo y trabajar para hacer del mundo un lugar mejor. En la actualidad, más de veinte familias y un conglomerado diverso de personas, muchas de las cuales se han establecido en el barrio, constituyen la comunidad que, poco a poco, ha ido formándose en torno a la escuela.

Con los años, la comunidad ha ido desarrollando una serie de proyectos que han extendido en gran medida el alcance de la escuela. Tenemos nuestra propia cooperativa de crédito que facilita préstamos a bajo interés a los miembros, una cooperativa de alimentación y de coches, un centro de reunión para mujeres embarazadas y familias jóvenes; y durante nueve años, publicamos una revista nacional titulada *Journal for Living* (“Revista para vivir”). La obra más reciente que hemos emprendido es la transformación de una antigua y abandonada iglesia católica, que está a la vuelta de la esquina, en un centro comunitario de arte para los jóvenes del barrio.

De este modo, nuestra extraña escuela se obliga a seguir adelante. En todo momento, su desarrollo ha sido orgánico. Nunca ha habido un plan director ni una única filosofía; en cambio, a cada paso, la función y la necesidad —con la ocasional inspiración externa— han dictado la forma y el procedimiento. Con el dinero, normalmente escaso, hemos tenido que convertirnos en nuestros propios expertos, discutiendo juntos nuestras propias soluciones, aprendiendo de nuestros muchos errores a medida que progresábamos. Mientras tanto, a medida que tanto la escuela como la comunidad crecen y se adaptan a los tiempos y circunstancias cambiantes, nuestro reto sigue siendo vivir a diario de acuerdo con los principios de libertad,

honradez emocional, liderazgo entre compañeros y cooperación que constituyen el centro de nuestro concepto de educación.

Para saber más:

www.albanyfreeschool.com

Mercogliano, Chris (1998) *Making It Up As We Go Along: The Story of The Albany Free School*. Nueva York: Heinemann.

Mercogliano, Chris (2004) *Teaching the Restless: One School's Remarkable No-Retalin Approach to Helping Children Learn and Succeed*. Boston, Massachusetts: Beacon Press.

Página Web de Mary Leue, fundadora de la escuela y editora de la revista ya desaparecida Skole, dedicada a la educación y las escuelas alternativas:
www.spinninglobe.net

La revista *The Journal for Living*, nacida de la escuela, para apoyo a las familias en la primera crianza de sus hijos: www.jflmag.com